

L'OSSERVATORE ROMANO

Stampato da L. OSSERVATORE ROMANO -
CENTRALE VATICANA 001 - ROMA (STABILIMENTO)
DIREZIONE: 001 001 - Spedimento 7002 200 000
001 001 001 001 - Spedimento 7002 200 000
Riproduzione vietata - Distribuzione: 001 - Spedimento
001 - Spedimento 7002 200 001 - Spedimento 7002
001 - Spedimento 7002 200 001 - Spedimento 7002

GIORNALE QUOTIDIANO  POLITICO RELIGIOSO
UNICUIQUE SUUM  NON PRAEVALEBUNT

ABBONAMENTI Anno Semestrale Trimestrale
CITTA' DEL VATICANO 6.000 3.000 1.500
ITALIA + ITALIA L. 12.000 6.000 3.000
ESTERO L. 15.000 7.500 3.750
Prezzo di una copia ritirata 5 lire
Cassa Corrente Postale 1/10791
SPEDIZIONE IN AER. POSTALE SODDISF. 3°

Anno III - N. 222 (19.102)

CITTA' DEL VATICANO

Venerdì 11 Ottobre 1962

Il Concilio Ecumenico Vaticano II



Ecclesia Christi - unum gentium
Ioannes XXIII
Jg
11-X-1962



JUAN XXIII:

¿Sabía adónde iba?

Tras su decisión absolutamente personal de convocarlo, el Papa inauguró el Concilio Vaticano II sin fijar un programa definido ni plazos precisos, buscando que este sesionara con libertad y autonomía.

Las palabras inaugurales marcaron rumbos, afianzando la necesidad de una “puesta al día” en la Iglesia mediante una lectura positiva del mundo, el énfasis pastoral y el distanciamiento de actitudes condenatorias.

Carlos Schickendantz

Teólogo

La figura del papa Juan XXIII despierta simpatía, incluso en nuestros días, en un amplio ámbito de personas creyentes, como también entre aquellas pertenecientes a las más diversas tradiciones culturales o religiosas. Afortunadamente hoy no faltan buenos estudios que ilustran la compleja y rica biografía de esta figura imprescindible para explicar la situación de la Iglesia en el mundo moderno. Su gran obra, el Concilio Vaticano II, ha puesto los presupuestos, no las recetas, para afrontar los nuevos desafíos que emergen de un escenario fascinante por su complejidad y diversidad. En particular, el tipo de Concilio —y, con él, el estilo de cristianismo que imaginó— ha sido determinante. ¿Sabía adónde iba? Sí y no.

CUANDO NADIE LO ESPERABA

Como es sabido, el Concilio Vaticano I (1869-1870) había terminado de una manera abrupta por razones políticas ajenas a él. Allí solo se trataron y definieron los temas referidos a la autoridad papal. Un estudio más amplio sobre la Iglesia, como estaba previsto en los textos preparatorios, no pudo ser considerado. De allí que en el siglo XX se repitieron intentos, claros en Pío XI y Pío XII, de reanudar aquella asamblea. Consta, por ejemplo, una iniciativa a comienzos de 1949 que por diversos motivos no prosperó. Es claro que estas iniciativas tenían poco que ver con la convocatoria de Juan XXIII y que, por tanto, no pueden ser consideradas como etapas hacia el Vaticano II¹.

Otra dinámica, más importante, debe ser advertida. El Vaticano I se inserta en la evolución que sufre la eclesiología católica de Contrarreforma y que condensará en la figura papal todas

sus expectativas y aspiraciones. Las definiciones dogmáticas de dicho concilio, la ampliación del campo del magisterio, el código de derecho canónico de 1917, la devoción creciente al sumo pontífice, etc., conducirán a que muchos estimen inútil una asamblea conciliar. Un ejemplo no carente de relieve puede detectarse en el autorizado *Dictionnaire de théologie catholique* de principios del siglo XX que, en la voz “Concilio”, afirmaba: “Los concilios ecuménicos no son necesarios para la Iglesia”². Que esta era una idea más o menos difundida incluso varias décadas después, lo ejemplifica el hecho de que el cardenal Domenico Tardini, secretario de Estado del papa Juan XXIII, en la primera conferencia de prensa en la historia del Vaticano, el 30 de octubre de 1959, debió responder a la “objección que ha sido levantada desde diversas partes, esto es, qué utilidad podría tener un Concilio considerando que al Sumo Pontífice, como enseña la doctrina católica, le compete el primado de jurisdicción sobre todos los fieles y sobre todos los obispos”, a lo cual debe sumarse, recordaba Tardini, el don de la infalibilidad de la enseñanza en determinadas situaciones. Convocar un concilio sería una muestra de cómo el Papa “ejercita con mucha discreción sus amplios poderes”³; tal era el extraño razonamiento del cardenal. De allí que sea cierto lo que testimonian algunos autores, como el jesuita suizo Peter Henrici: “El anuncio del Concilio vino cuando nadie lo esperaba. El ‘magisterio ordinario’ del Papa parecía hacer superfluo cada vez más todo otro magisterio”⁴.

Por tanto, aunque había habido iniciativas durante el pontificado de Pío XII en orden a concretar un concilio, se constata que a finales de la década del cincuenta tal expectativa no existía en absoluto. En este contexto adquiere relieve la iniciativa del futuro Vaticano II. El 25 de enero de 1959, en la Basílica de San Pablo Extramuros, Juan XXIII asombró al mundo al anun-

¹ Cf. E. Fouilloux, “La fase antepreparatoria (1959-1960). El lento camino para salir de la inercia”, en G. Alberigo (ed.), *Historia del Concilio Vaticano II. Volumen I*, Salamanca 1999, pp. 63-154, p. 71.

² *Ibid.*, p. 72.

³ *Acta et documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando. Series I (Antepreparatoria). Vol. I*, pp. 153-158, p. 155.

⁴ “La maduración del Concilio. Vivencia de la teología preconciliar”, *Communio* 13 (1991) pp. 34-49, p. 49.

⁵ www.vatican.va/holy_father/john_xxiii/speeches/1959/index_it.htm

ciar: “Con un poco de temblor por la emoción, pero al mismo tiempo con una humilde resolución en nuestra determinación, pronunciamos delante de vosotros el nombre de la doble celebración que nos proponemos: un sínodo diocesano para Roma y un concilio ecuménico para la Iglesia universal”⁵. Habían transcurrido menos de noventa días de su elección como sucesor de Pío XII... Y no pocos consideraban que el cónclave de octubre de 1958 había elegido un pontificado de “transición”. Ahora bien, ¿cómo se había gestado una decisión de esta envergadura?

¿CÓMO SURGIÓ LA IDEA?

En el célebre discurso de inauguración del Concilio, “Gaudet mater ecclesia”, en octubre de 1962, el Papa afirmó: “Cuanto a la iniciativa del gran acontecimiento que hoy nos congrega aquí, baste, a simple título de orientación histórica, reafirmar una vez más nuestro humilde pero personal testimonio de aquel primer momento en que, de improviso, brotó en nuestro corazón y en nuestros labios la simple palabra ‘Concilio Ecuménico’. (...) Fue un toque inesperado, un rayo de luz de lo alto, una gran dulzura en los ojos y en el corazón; pero, al mismo tiempo, un fervor, un gran fervor que se despertó repentinamente por todo el mundo, en espera de la celebración del Concilio”⁶.

En múltiples ocasiones el Papa se refirió a la decisión tomada. En su texto personal, *Diario del alma*, el 20 de enero de 1959 afirmó: “Sin haber pensado antes en ello”. El 21 de abril siguiente el Papa le manifestó al clero del Veneto que se había tratado de una “inspiración”. El 7 de mayo de 1960 habló a los superiores de las Obras Misioneras de la “primera idea... que surgió como una humilde flor escondida en los prados; ni siquiera se la ve, pero se advierte su presencia por un perfume”⁷. Esas ideas “florecieron en su corazón como flores de una primavera inesperada”⁸, dijo el 30 de mayo del mismo año a un grupo de cardenales. El 8 de mayo de 1962, en un discurso a peregrinos de Venecia, la calificó como “una iluminación repentina”⁹.

Con la información de que hoy se dispone puede decirse que “la decisión del Concilio fue solamente suya”¹⁰, del papa Juan. “La única consulta parece que fue la del 20 de enero”, cuando Juan XXIII informó al secretario de Estado, Tardini, de tres iniciativas: el sínodo romano, la reforma del código de derecho canónico y el concilio ecuménico. “De todas maneras, en el momento de aquella conversación parece que el Papa había comenzado ya la redacción de la alocución para el 25 de enero”¹¹.

Juan XXIII imaginó el Concilio como un espacio institucional autónomo; constituía un ámbito de la vida de la Iglesia distinto al de su gobierno ordinario.

Es también llamativo el modo como surge el nombre del nuevo concilio. Aunque tampoco se conoce el proceso de formación de esta decisión, no es aventurado suponer que la idea fue madurada de forma autónoma. Con una simplicidad desconcertante, tras una visita a los jardines vaticanos, indicó el 4 de julio de 1959: “Me encontré en casa con que el concilio ecuménico que preparamos merece ser llamado *Concilio Vaticano Segundo*, ya que el último celebrado en 1870 por el papa Pío IX llevó el nombre de Concilio Vaticano I, *Vatican le premier*”¹². Llama la atención la cita en francés. Quizás se debió a alguna lectura del Papa. El anuncio público del nombre, Vaticano II, se hizo recién el 7 de diciembre de 1959. Con ello se afirmaba una decisión importante: aunque no consta la conciencia explícita de Juan XXIII al respecto en ese momento, la asamblea prevista no sería la continuación del

Vaticano I inconcluso, sino un concilio “nuevo”.

Por tanto, la convocatoria al Concilio fue el fruto de una convicción muy personal del Pontífice. “Se trata de una decisión libre e independiente, como nunca se había verificado quizás en la historia de los concilios ecuménicos o generales”, anota el historiador G. Alberigo¹³.

UN DISCURSO CON ORIENTACIONES CLAVE

Por otra parte, “a la determinación con que el Papa presentó su decisión, parece que no le correspondía una idea suficientemente definida del concilio”¹⁴. Con el tiempo se ha advertido mejor la importancia del discurso inaugural de octubre de 1962 ya citado. Es verdad que no hay allí un programa, no se diseña un reglamento, no se fijan tiempos de trabajo para la asamblea. Pero tampoco es un mero saludo: “Es una de las expresiones más logradas de cómo Roncalli veía el Concilio”¹⁵. Como lo indican estudios sobre los borradores del texto, es cierto que el contenido del discurso pertenece completamente a Juan XXIII: “Está ampliamente documentado cómo la reivindicación de Juan XXIII de que él había escrito el discurso con ‘harina de su propio costal’, corresponde a la realidad. Pues en gran parte del texto hay una serie continua de redacciones manuscritas o dactiloscritas con correcciones hechas a mano”¹⁶.

Algunos aspectos se delinear allí con claridad. Por lo pronto, un término clave, *aggiornamento*, “puesta al día”, comienza a formar parte del vocabulario oficial del Concilio. Significativa es también la lectura positiva, no condenatoria, de la situación de

⁶ www.vatican.va/holy_father/john_xxiii/speeches/1962/documents/hf_j-xxiii_spe_19621011_opening-council_lt.html

⁷ G. Alberigo, “El anuncio del Concilio. De la seguridad del baluarte a la fascinación de la búsqueda”, en id., *Historia del Concilio Vaticano II. Volumen I*, pp. 17-61, p. 215.

⁸ *Acta et documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando. Series I. Vol. I*, p. 89.

⁹ Cf. G. Alberigo, “El anuncio del Concilio”, p. 215.

¹⁰ *Ibid.*, p. 18.

¹¹ *Ibid.*, p. 27.

¹² *Ibid.*, p. 57.

¹³ *Ibid.*, p. 27.

¹⁴ *Ibid.*, p. 29.

¹⁵ A. Riccardi, “El tumultuoso comienzo de los trabajos”, en G. Alberigo (ed.), *Historia del Concilio Vaticano II. Volumen II, Salamanca 2002*, p. 19-77, p. 31.

¹⁶ Cf. *ibid.*, p. 31 nota 31.



la Iglesia y del mundo. Esta perspectiva se expresa en la famosa crítica a los “profetas de calamidades, a vezados en anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente” (n. 4). A juicio de Juan XXIII, se trata de “algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina; van diciendo que nuestra época, comparada con las pasadas, ha ido empeorando” (n. 4). De allí la actitud que reclama: “En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad. Ella quiere venir al encuentro de las necesidades actuales, mostrando la validez de su doctrina más bien que renovando condenas” (n. 7). Precisamente, la ausencia de condenas es una característica peculiar de este Concilio. Puede corroborarse que muchos padres conciliares acudieron una y otra vez a este discurso, incluso hasta las semanas finales del Concilio, para evitar ese tipo de sentencias. Una de las más solicitadas fue la del ateísmo marxista; condena que finalmente no se concretó.

Otra línea maestra de los futuros trabajos y del tipo de asamblea que se auguraba, se destaca también en la misma alocución: “La tarea principal de este Concilio no es, por lo tanto, la discusión de este o aquel tema de la doctrina fundamental de la Iglesia, repitiendo difusamente la enseñanza de los Padres y Teólogos antiguos y modernos, que os es muy bien conocida y con la que estáis tan familiarizados. Para eso no era necesario un Concilio” (n. 6). Que el objetivo de la asamblea no fuera la “discusión de este o aquel tema” pudo ser advertido ya entonces como una afirmación más o menos sorprendente. “Para eso no se necesita un Concilio”, se decía a pesar de que, por regla general, los concilios se habían reunido para tratar, precisamente, uno u otro tema particular.

El discurso contiene, por una parte, una indicación metodológica importante: una cosa es la fe y otra el modo como se la enuncia. Por otra, contiene un concepto emblemático: pastoral. “Una cosa es la sustancia de la antigua doctrina, del ‘depositum fidei’, y otra la manera de formular su expresión; y de ello ha de tenerse gran cuenta —con paciencia, si necesario fuese— ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral” (n. 6). Precisamente, esta palabra, “pastoral”, ha hecho correr ríos de tinta en varias direcciones: por un lado, para devaluar la importancia del Concilio y sus decisiones en comparación con otros concilios “dogmáticos”; por otro, para caracterizar la naturaleza específica de esta asamblea. En torno a esta idea se desarrollará lo que J. Komonchak califica como la “lucha por la definición del concilio” que, como anota el autor, “fue siempre el drama, al menos implícito, vivido durante su desarrollo”¹⁷. En cualquier caso, puede comprobarse ya en los debates de las primeras semanas que los distintos actores, obispos y teólogos, acudieron

Al finalizar la primera sesión, en diciembre de 1962, la asamblea solo había expresado lo que no quería; entonces, dejados de lado los esquemas preparatorios, comenzaba el tiempo para la construcción de una agenda positiva.

repetidamente a este argumento para defender una propuesta o rechazar un esquema. El caso más emblemático corresponde al llamado “primer conflicto doctrinal” del Concilio, con la célebre votación del 20 de noviembre de 1962, que, en buena medida, decidió la orientación de los pasos siguientes de la asamblea¹⁸.

UNA AGENDA IMPRECISA

Es sencillo comprobar que, al inicio de los trabajos conciliares, el Papa no preveía el tiempo de su duración. En una reunión en la Plaza San Pedro, el mismo 11 de octubre de 1962, expresó: “Ha empezado el Concilio y no sabemos cuándo acabará. Si no se termina antes de Navidad, porque quizás no hayamos logrado en esa fecha haberlo dicho todo, haber tratado todos los temas, entonces habrá que tener otro encuentro...”¹⁹. De allí surgió la idea de que el Pontífice intentaba terminar el Concilio en la primera sesión. Igualmente, las marchas y contramarchas en la constitución de los órganos de dirección y sus cambiantes funciones dejan ver que el Papa no tenía “una idea muy definida sobre la dirección del concilio”²⁰. El cardenal Giovanni Urbani, patriarca de Venecia, escribe en noviembre de 1962: “Impresiones predominantes en muchos padres de que, fuera del Papa, el Concilio no tiene ninguna cabeza responsable —el Consejo de presidencia navega a oscuras—, que no hay un plan definido —un programa preciso—, que se vive al día”²¹. Si la crítica refleja la creciente molestia del sector más conservador, concretado en las más importantes autoridades de la curia romana, por la orientación que el Concilio asumía ya desde sus primeros días, esto no deja de reflejar el sentimiento de muchos. Un paso decisivo para el futuro del Concilio se materializó en la citada votación del 20 de noviembre de 1962: una importante mayoría de padres conciliares rechazaron un texto clave del material preparado por las comisiones romanas; estas pensaban que la asamblea ratificaría su labor. Aunque no alcanzaron los dos tercios requeridos (con 1.368 votos alcanzaron “solo” el 62,1%), al día siguiente el Papa retiró del Concilio los mismos textos que, pocas semanas antes, habían ingresado al debate con su firma y autoridad. Fue un gesto de autoconciencia de la asamblea que, en buena medida, dejó al Concilio sin brújula definida. Efectivamente, en el extenso tiempo de la preparación, entre 1959 y 1962, se habían materializado largamente los temores de un

¹⁷ J. Komonchak, “La lucha por el concilio durante la preparación”, en G. Alberigo, *Historia del Concilio Vaticano II. Volumen I*, pp. 155-330, 158.

¹⁸ Cf. C. Schickendantz, “Escritura y Tradición. Karl Rahner en el ‘primer conflicto doctrinal’ del Vaticano II”, *Teología* 106 (2011) pp. 347-366.

¹⁹ Citado en A. Riccardi, “El tumultuoso comienzo de los trabajos”, p. 36.

²⁰ *Ibid.*, p. 67.

²¹ Citado en *ibid.*, p. 75.

²² *Mon journal du concile I*, París, 2002, p. 9.

²³ *Ibid.*, p. 10.

observador privilegiado, Yves Congar: “Es grande el riesgo de una suerte de concilio prefabricado en Roma o bajo dirección romana”²², escribía en su diario del Concilio, en julio de 1960, el futuro perito y cardenal francés. De allí la idea que puede encontrarse en diversos autores: los padres conciliares vendrían a Roma a ratificar el trabajo realizado, incluso la advertencia de que la misma reunión no sería absolutamente indispensable, si se aseguraba la firma del episcopado universal. Así se entiende la opinión formulada entonces por el mismo Congar: “La teología distingue cuidadosamente entre el episcopado disperso y el episcopado reunido (...). No hay concilio más que en la reunión efectiva de obispos con libre discusión y decisión”²³. Lo obvio no parecía obvio.

A la luz de las dificultades que se plantearon, no puede ser más exacta la afirmación del teólogo norteamericano J. Komonchak: “El drama de la primera etapa conciliar —y, en consecuencia, el juicio final sobre el trabajo preparatorio— es precisamente que, para ajustarse a la visión del Papa, a los obispos del Vaticano II les pareció necesario tener que repudiar una gran parte del trabajo realizado para prepararlo”²⁴. Es sencillo de comprender, entonces, que el rechazo de dicho material, más de setenta esquemas preparatorios, dejara un vacío en el desarrollo del Concilio. Solo en los primeros días de diciembre de 1962 el cardenal belga Leo Suenens formuló un importante discurso, cerrado con un aplauso general de aprobación, que sirvió de esbozo para un “plan de conjunto” que orientaría los pasos siguientes. Al finalizar el año, y con él la primera sesión del Concilio, la asamblea solo había expresado lo que no quería; entonces, dejados de lado los esquemas preparatorios, comenzaba el tiempo para la construcción de una agenda positiva. Pero Juan XXIII moriría en

junio de 1963, por tanto, correspondería a otro papa conducir la “nueva” agenda diaria del Concilio.

Permanecen muchas preguntas abiertas acerca del liderazgo de Juan XXIII, particularmente el grado de su participación en el trabajo preparatorio. Consta que no hubo una respuesta eficaz a varias críticas, ya evidentes para él en el verano de 1961, sobre la falta de coordinación de los trabajos, la carencia de una orientación pastoral, la exclusión de los laicos, la falta de información a la prensa, la ausencia de orientación ecuménica;

frutos, en buena medida, de una curia romana que no deseaba perder el control de los acontecimientos. De allí, por ejemplo, la pregunta de J. Komonchak: “¿Por qué el Papa esperó casi un año antes de tomar en serio las críticas del trabajo preparatorio de figuras tan importantes como Frings, Döpfner, König, Alfrink, Léger y Suenens?”. Una posible respuesta: “Parece que el Papa prefirió que los padres conciliares decidieran lo que el concilio iba a ser y hacer”²⁵. Juan XXIII imaginó el Concilio como un espacio institucional autónomo; constituía un ámbito de la vida de la Iglesia distinto al de su gobierno ordinario. Consideró que una de sus tareas fundamentales era garantizar la autonomía de la asamblea, la libertad de los obispos... y del Espíritu. Es este, quizás, un aporte suyo, invaluable, a la Iglesia: cuando hay discernimiento en libertad, se crean condiciones para dar un salto cualitativo, para hacer de un mero suceso un acontecimiento histórico a la altura de los deseos de Dios y las necesidades de los tiempos; un nuevo Pentecostés, como repetía con frecuencia el *Papa bueno*. Cada generación debe aprender esta lección: dondequiera vuelva a ponerse este presupuesto, discernimiento en libertad, podrá florecer “una primavera inesperada” (Juan XXIII). **MSJ**

El Concilio Vaticano II ha puesto los presupuestos, no las recetas, para afrontar los nuevos desafíos que emergen de un mundo fascinante por su complejidad y diversidad.

²⁴ “La lucha por el concilio durante la preparación”, p. 330.

²⁵ *Ibid.*, p. 330.



Hotel Acacias de Vitacura Salas de Reuniones

Luz Natural
Frondosos Jardines
Asados para Grupos
Eventos Familiares

☎ 211 8601

www.hotelacacias.cl
reservas@hotelacacias.cl